

De las economías en la guerra a la economía del común: desafíos y disputas del sujeto neoliberal desde las nuevas configuraciones de las FARC en Colombia hoy¹

Andrea Neira²

“Si alguna vez creímos que la economía estaba ampliamente despolitizada en sus representaciones, más recientemente llegamos a comprender que su repolitización requiere que nos autocultivemos como sujetos capaces de imaginar y actuar una nueva política económica” (Gibson y Graham, 2011, pág. 55).

Después de un largo proceso de negociación que duró 5 años, entre enero y junio de 2017, las y los guerrilleros de las FARC se han visto enfrentados a una serie de transformaciones de sus cotidianidades en guerra constituidas durante más de medio siglo de un conflicto armado en el cual habían sido protagonistas. Llegaron a 26 zonas del país, denominadas puntos de concentración, que posteriormente se establecerían como Zonas Veredales, ahora Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación (ETCR). El 27 de junio de 2017, fue el acto de dejación de armas, momento crucial para el proceso.

El camino de implementación de los acuerdos, lleva hasta ahora poco más de un año, y parece ser un hecho que las FARC, hoy Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común, se ha posicionado como un actor político y social sin la central apelación a las armas que los había definido como movimiento guerrillero. Sin embargo, siguen existiendo temores sobre la reincidencia de varios de sus excombatientes e incluso de algunos de sus comandantes; y no es para menos, el camino no ha sido nada sencillo, como lo han mostrado los informes presentados por el componente de verificación internacional. Además de la estigmatización que deben soportar los exguerrilleros y las pocas garantías para su vida (a la fecha se reporta el asesinato de 65 exguerrilleros), la implementación de los acuerdos ha estado muy truncada por la falta de voluntad política del gobierno y por las trabas de sectores de la clase política que gana mucho más con la continuación de la guerra.

En la esfera política, no han tenido un camino fácil, aunque ya se posicionaron 10 de sus integrantes en el Congreso de la República el pasado 20 de julio, y su experiencia organizativa posibilita que como partido estén funcionando y expandiendo el número de afiliados, sobre todo en las ciudades (al menos en Bogotá muchos jóvenes que se sienten identificados con sus luchas políticas han ingresado a su militancia); dado el proceso de estigmatización y las pocas garantías, el candidato a la presidencia de su partido, Rodrigo

¹ Ponencia presentada en la First North-South Conference on Degrowth-Descrecimiento. México, City, Septiembre de 2018.

² Investigadora del IESCO, Universidad Central. Bogotá.

Londoño, alias Timochenco y su fórmula vicepresidencial Imelda Daza, renunciaron a su candidatura; así como lo hizo Iván Márquez a su curul en el Congreso, después de una serie de hostigamientos y tras evidenciar que no tenían garantías para adelantar sus respectivas campañas. En la vía económica el balance es mucho más complejo y, en algunos aspectos, parece ser desalentador (sobre ello me referiré más adelante).

Las reflexiones que presento en esta ponencia son producto de la investigación que adelanto sobre masculinidades y posacuerdo, la cual ha indagado por los cambios en las subjetividades y en la construcción de las masculinidades de hombres excombatientes de dos grupos armados: paramilitares y guerrilla de las FARC.

Somos un equipo interdisciplinario conformado por tres investigadoras, un investigador y un estudiante. Acudimos al método biográfico, reconstruyendo las trayectorias de los excombatientes y sus narrativas en relación a cuatro momentos claves: ingreso, permanencia, desmovilización y transición a la vida civil. Indagamos, entre otros temas, por las motivaciones de ingreso, las prácticas en la construcción de una masculinidad guerrera o militarizada en cada grupo armado, la vida cotidiana en la guerra, las relaciones interpersonales entre sus pares, y entre ellos y sus comandantes, así como las relaciones de estos con sus subalternos, por el lugar de las mujeres en cada uno de los grupos, las relaciones comunitarias (si las habían) al interior del grupo, la cotidianidad, las experiencias afectivas; también lo hicimos por el proceso de desmovilización y experiencia en el tránsito a la vida civil. En este último aspecto indagamos por aspectos de formación y laborales, las relaciones familiares, de pareja y comunitarias (que en el caso particular de las Farc, cobraron mucha relevancia), sus apuestas políticas y económicas en el momento actual. Las entrevistas fueron semiestructuradas, no existía un guión preestablecido, y casi en todos los casos nos reunimos en dos oportunidades con cada excombatiente con encuentros, mínimo de hora y media.

También visitamos uno de los Espacios Territoriales de Capacitación y Normalización donde, mediante un abordaje más etnográfico, pudimos observar la cotidianidad de los excombatientes, observamos la vida comunitaria y el trabajo de tres cooperativas que funcionan en dicha zona.

La entrada a esta investigación desde la subjetividad y las masculinidades de estos excombatientes nos permite tener un panorama diferente sobre cómo se ha experimentado la guerra en Colombia, reconociendo los dispositivos y tecnologías utilizadas para la construcción de masculinidades guerreras al interior de estos grupos; así como las dificultades y los tránsitos en el proceso de articulación de los excombatientes a la vida civil.

En Colombia este tipo de abordajes son poco comunes ya que predominan análisis de la guerra desde las ciencias políticas, la economía o la sociología en torno a temáticas más convencionales. Las preguntas por las subjetividades o las masculinidades siguen siendo

entradas muy poco abordadas para la comprensión del conflicto y tenidas en cuenta para los procesos de reincorporación en nuestro país. Estos temas siguen siendo considerados como menores, y parecen no cobrar mucho interés, incluso son vistos con desprecio por los politólogos, “violentólogos” e investigadores que indagan más por los asuntos estructurales de la guerra.

La reflexión de la economía comunitaria que presentaré asociada a la necesidad del cultivo de un sujeto para dicha economía (Gibson y Graham, 2011) es también una entrada poco común, pues en general estos estudios se remiten más bien a los impactos positivos o negativos de dichas economías, quedando en elaboraciones igualmente generalizables y estructurales. Sin embargo, esta entrada permite comprender una de las mayores dificultades para que estas economías sean llevadas a cabo, el quiebre de los deseos individuales asociados al capitalismo.

Desde la perspectiva propuesta aquí, en el país se conocen los estudios adelantados por Juliana Flores (2014, 2018) con mujeres que trabajaron en cultivos de flores en la sábana de Bogotá, quienes luego de haber construido por largos años una subjetividad laboral asalariada, en el marco de lo que el capitalismo les proporcionó como mujeres de sectores populares, lograron iniciar la construcción de una subjetividad particular propicia para emprender proyectos de economía comunitaria. Este estudio pionero en el país, realizado desde una perspectiva feminista y de los estudios críticos del trabajo, evidencia las dificultades del cultivo de dicha subjetividad y los ires y venires que han tenido y tienen estas mujeres en esta apuesta.

Por esta razón, quiero presentar algunas reflexiones sobre lo que llamo *los trazos de una subjetividad comunitaria* encontrados en los excombatientes de las FARC, los cuales se configuran como un aspecto relevante, para lograr un tránsito satisfactorio de estos hombres y mujeres a unas nuevas cotidianidades y retos asociados a la llamada vida civil, e incluso fundamentales para compartir con otras poblaciones del país. Esta reflexión la plantearé desde una perspectiva feminista de la reproducción y el sostenimiento de la vida cotidiana.

Economías en la guerra

En los análisis más estructurales de la guerra y desde la economía de las FARC como organización guerrillera se habla de dos momentos cruciales, asociados con el tipo de control territorial: Una cosa fue el tipo control en medio de la predominancia de la economía campesina, de auto subsistencia o cafetera, y otro, cuando ingresa la economía de la droga (Domínguez, 2011, pág. 9).

Sin embargo, no me interesa acercarme aquí a este tipo de reflexiones, por demás, conocidas y ampliamente investigadas en el país. Más bien me interesa pensar la experiencia de las

FARC a partir de las narrativas de sus actores, desde una crítica feminista a la economía. Esta crítica feminista consiste en cuestionar la tendencia esencialista y abstracta que tiende a “teorizar la economía como una estructura estable que se autoreproduce y es inmune a la proliferación de las cada vez más frecuentes andanzas desordenadas de la política cotidiana” (Gibson y Graham, 201, pág. 41). Por eso, inspirada en algunas autoras feministas (Gibson y Graham, 2011; Feerichi, 2011; Flores, 2018) y su apuesta por una política del lugar, prefiero considerar la heterogeneidad de las economías y analizar las economías localizadas y producidas en la cotidianidad, que necesariamente sobrepasan la idea de pensar en identidades capitalistas per se, y más bien pensar en sujetos y lugares, esto sería “una política del llegar a ser en el lugar” (pág, 46) y lo que implica el autocultivo de los sujetos.

Si bien asistimos a una rearticulación compleja del capitalismo, que Rita Segato (2017) ha llamado la fase apocalíptica del capital, caracterizada por un *señorío* (Segato, 2017) que da cuenta de unos pequeños grupos de propietarios como dueños de la vida y de la muerte en el planeta, y que en América Latina se expresa en “la forma de administración mafializada y gansteril de los negocios, la política y la justicia” (pág 99), y que advierte de forma particular sobre la hipermasculinización de estas esferas y sobre las mutaciones de poder y prestigio encarnadas sobre todo por varones a lo largo y ancho de América Latina, y de maneras particulares en Colombia; sin embargo, me interesa aquí desestabilizar la idea esencialista del capitalismo.

Como lo han elaborado Gibson y Graham, nuestra imaginación teórica y política se ha visto limitada por una perspectiva metafísica y totalitarista del capitalismo que nos ha impedido entenderlo en sus heterogéneas, incompletas y fallidas lugarizaciones que no siempre han eliminado otras prácticas y racionalidades económicas no capitalistas. Por tanto, nos proponen que afinemos nuestras herramientas conceptuales y metodológicas para desontologizar el análisis del capitalismo y entender más adecuadamente cómo articular las luchas anticapitalistas.

Podríamos afirmar, entonces, que las FARC no estuvieron por fuera del capitalismo; sin embargo, coexistieron otras prácticas, cercanas al menos, a lo que podríamos denominar una económica comunitaria. Y este aspecto, el de la economía comunitaria, que no es simple exterioridad del capital, es sobre la que quiero hacer énfasis en mi ponencia.

Por economía comunitaria entenderé las prácticas ancladas en territorios y relativas a la comunalidad y los comunes. La comunalidad o lo comunitario se ubica en el nivel de la cotidianidad (Gibson- Graham, 2010) y se caracteriza por principios como la solidaridad, el fortalecimiento de sectores populares y de prácticas locales atadas a lugares significativos (Flores, 2018); de acuerdo con Federici (2014) es “un tipo de relación basada en los principios de cooperación y responsabilidad entre unas personas y otras [...] Separándose de la idea de personas unidas por intereses exclusivos que los separan de los otros, como las

comunidades basadas en la etnicidad o la religión” (pág. 93). De otro lado, siguiendo a Federici, me interesa pensar en una economía de los comunes que posibilite crear formas de reproducción que permitan resistir frente a la dependencia del trabajo asalariado y la subordinación de las relaciones capitalistas, que constituya un esfuerzo por colectivizar el trabajo reproductivo (Federici, 2011), esto es la puesta en común de los medios materiales de reproducción como mecanismo para crear lazos de apoyo mutuo y la creación de formas colectivas de vida. Esto implica la transformación de nuestro modo de vida cotidiano (Mies, 1988), la responsabilidad compartida y el trabajo cooperativo.

Ese enfoque centrado en el sujeto nos lleva a reconocer que pensar economías alternativas, necesariamente, pasa por sujetos con deseos y capacidades diferentes, abiertos al cambio y la incertidumbre, capaces de proponer y agenciar otras economías. Dicho de otro modo, es pensar en modos de subjetivación, reconocer sujetos capaces de escoger cierta forma de ser/actuar/pensar mediante la autoconciencia y transformar sus prácticas de devenir. Y estos sujetos no solo se encuentran en los pueblos indígenas o afrodescendientes, sino que también campesinos, pobladores urbanos... y hasta combatientes de la guerrilla de las Farc pueden, en ciertos contextos y experiencias, devenir esos sujetos de la comunalidad y los comunes.

Es importante indicar, antes de comenzar mi análisis, que mi posición no es la de la apología a las Farc. No me ubico ahí. Pretendo entender ciertas particularidades asociadas a las subjetividades y masculinidades que se desplegaron en las Farc, para poder comprender más densamente lo que ha significado el conflicto y sus experiencias para nosotros los colombianos. Lo cual considero es un insumo vital para poder enfrentar con mayor sensatez los grandes retos que enfrentamos hoy ante la firma de los acuerdos.

También debo hacer otra precisión. No se puede considerar a las Farc como una entidad absolutamente homogénea, ya que sus historias e inscripciones locales, hacen que se dieran importantes diferencias entre sus frentes. Por eso, mi análisis que puede ser pertinente en general, debe ser complejizado desde los entramados más específicos de estas historias e inscripciones locales.

Dentro de las prácticas que narran los excombatientes que se daban al interior de las FARC destaco al menos tres características del cultivo de un sujeto para la economía comunitaria: 1). La ética de bienestar colectivo; 2). La desarticulación del trabajo doméstico, como un trabajo sexualmente dividido y 3). La movilización del trabajo

1. La ética del bienestar colectivo y la solidaridad

A finales del 99 me fui al Guaviare. Llegué y empecé a trabajar raspando coca, porque eso era lo que había por allá. Ahí miré la forma como se organizaba el pueblo para trabajar, las veredas progresaban para construir escuelas, centros de salud, cantidad

de cosas. Todo eso era propuesto por las FARC, entonces yo empecé a acercarme a algunos camaradas. Ingresé en el 2000 y ahí empecé a trabajar con el movimiento (Entrevista 7).

En las narrativas de varios excombatientes aparece una necesidad de trabajar por el bienestar colectivo. Este deseo se evidencia en relatos como el anterior de un hombre nacido en el Chocó, uno de los departamentos con los mayores niveles de empobrecimiento de la población en Colombia. También se encuentra tal voluntad por el bienestar colectivo en el relato de otros que venían de la ciudad, quienes afirman que encontraron en el grupo armado un espacio de lucha por la transformación de una sociedad individualista y sometida al empobrecimiento.

Aunque se sabe del reclutamiento forzado realizado por el grupo armado (se conoce un reporte de 5.252 niños y niñas), todos nuestros entrevistados manifiestan haber entrado por voluntad propia y haber participado de un proceso de formación que les reafirmaba el lugar que ocupan en la lucha armada.

Lo que me motivó a ingresar fue la forma en que ellos vivían, la solidaridad que había dentro de las FARC. Adentro se daban oportunidades de muchas cosas, por ejemplo, de estudiar. Yo siempre decía que quería ser médico, y me formé con los médicos de las FARC. (Entrevista 3).

A uno lo envían a unas escuelas básicas de formación ideológica y militar dentro de la organización. Es muy contado el caso de combatientes que no hayan pasado por un curso básico dentro de la guerrilla. Nos empiezan a enseñar que nuestra vida no nos pertenece a nosotros, sino que le pertenece a todo un pueblo y que tenemos que darle un cambio al país. (Entrevista 3).

La experiencia de cotidianidad empieza con un proceso de formación; si bien ese trazo de subjetividad volcado al deseo de un bienestar colectivo se advierte ya desde el ingreso de los excombatientes entrevistados, se reafirma por el paso en los procesos formativos que incluyen, no solo formación militar, sino también formación política, social, económica, de reconocimiento de la realidad del país y también de otros conocimientos que garantizaban la salud de los miembros del grupo.

Yo recuerdo experiencias muy bonitas en el tema de educación. En una unidad donde yo estuve, qué me marcó muchísimo, el comandante cultivaba hartísimo el tema de la educación; y entonces los que no estaban alfabetizados, tocaba alfabetizarlos, mejor dicho, parte del plan de esa unidad era que esos muchachos aprendieran a leer y escribir, y otra parte del plan era que todo el mundo leyera, todo el mundo tenía que estudiar. Entonces, en otras unidades más pequeñas, yo trataba de proponer y de incentivar eso, y era una cosa muy bonita porque [...] se le sacaba honorario y decía: “fulano de tal alfabetizaba”, y a mí me tocó con esos videos de "Yo sí puedo" de los

cubanos, entonces, me pasaban un computador y le enseñaba a un muchacho, yo tenía que sentarme con él dos horas al día a enseñarle. (Entrevista 10).

Lo que logramos evidenciar en la investigación es que existe una clara diferencia entre la subjetividad guerrera del paramilitar y la subjetividad guerrera del guerrillero. La primera es una subjetividad que reduce la empatía, obliga a ocultar las afectaciones personales cuando se daña al otro, e instaura dureza emocional “yo allá me volví duro de corazón” (refiriéndose al grupo paramilitar) dijo uno de mis entrevistados. En sus narrativas no se evidenciaban otros lazos, vínculos -más allá de la lealtad mafiosa con los jefes-, que pudieran contrarrestar o matizar esta pedagogía de la crueldad (Segato, 2011) a la que fueron sometidos estos hombres y que ayudaron a configurar a los paramilitares como una formación elitista (Bolívar, 2006) en defensa de los propietarios y del Estado-nación.

La segunda, (la subjetividad guerrillera) en cambio, produce vínculos orientados al cuidado de otras y otros, sus compañeros principalmente y mantienen una mayor relacionalidad con los civiles y organizaciones sociales locales, construyeron lazos de convivencia que pasaron por diferentes rituales de la vida cotidiana al interior de las FARC u otras tecnologías de sociabilidad (Segato, 2017) como estudiar la realidad del país y las desigualdades sociales, construir relaciones de amistad y afecto, relaciones de pareja en el grupo, trabajar en las labores domésticas, entre muchas otras que lograron construir un relato de un “nosotros” compartido (Bolívar, 2006). Logrando contrarrestar en ciertos aspectos la pedagogía de la crueldad propia de la guerra.

Como esa hermandad tan bonita entre nosotros, yo creo, era lo que más me gustaba, era muy bonito. [...] Y las situaciones difíciles nos hermanaban todavía más, digamos como en todo, me imagino que como en todos los lugares donde había un colectivo, había problemas, seguramente en otras partes haya habido complicaciones, pero donde yo estuve, la convivencia fue muy bonita, siempre estaba con la gente ahí alrededor, los chistes, la alegría, el entusiasmo... Era muy bonito, yo me acuerdo que cuando llegaba uno a un sitio y tocaba hacer un campamento, todo el mundo estaba ahí en esa labor. Unos estaban haciendo una cosa, otros otra, yo me acuerdo que en medio de eso eran los chistes, la risa. (Entrevista 10).

2. La desarticulación del trabajo doméstico, como un trabajo sexualmente dividido

En la guerra yo debía estar en la capacidad de dirigir una operación militar y ejecutarla, ser francotirador o explosivista, hacer inteligencia; pero también administrar la economía, la logística, la salubridad. Hoy pongo esas destrezas al servicio de este momento histórico: el relacionamiento político, la gestión productiva, la vida comunitaria, pues he entendido el cambio en las dinámicas del liderazgo de la guerra al liderazgo de la paz. (Entrevistado 8).

Algo que llamó poderosamente nuestra atención en lo relativo a la construcción social de la masculinidad en las FARC es que está no apelaba a una división sexual del trabajo. Más todavía, a diferencia de los paramilitares, la guerrilla de las Farc siempre tuvo entre sus combatientes una fuerte presencia de mujeres, se habla de cerca de un 40% de sus integrantes, las cuales tenían las mismas responsabilidades militares que los hombres en los frentes y columnas guerrilleras.

Si bien la crítica feminista ha hecho un gran cuestionamiento a la economía y a la apropiación del cuerpo de las mujeres para garantizar la reproducción de la vida en todos sus niveles, lo que escuchábamos de parte de las y los integrantes de las FARC era que la vida debía garantizarse entre todos y todas.

Tú podías desarrollar la tarea que fuera. Hombres y mujeres cocinaban, lavaban cada uno su ropa, iban a una exploración, iban al combate, hacían trabajo de enfermería o de inteligencia militar, cualquier actividad (Entrevista 7).

Este aspecto de la vida cotidiana no es menor, la crítica feminista materialista ha evidenciado cómo los reproches al capitalismo desde perspectivas marxistas fueron incapaces de ver y valorar las actividades que reproducen nuestra vida, más allá de la producción de mercancía, y pasaron, de forma muy sucinta, por la existencia del trabajo reproductivo de las mujeres (Federici, 2011, pág 25) encargadas de preparar los bienes que consumen los trabajadores o de restaurar física y emocionalmente su capacidad del trabajo. Nada se decía de las mujeres y de su actividad doméstica, el trabajo reproductivo fue subsumido formalmente a la acumulación capitalista.

Esto ha permitido entender que la producción capitalista se sostiene en un tipo particular de trabajo, familia, sexualidad y procreación (la familia nuclear que reproduce la fuerza de trabajo). Así el trabajo reproductivo, para las FARC y sus integrantes, por demás alejado de las clásicas relaciones familiares, sexuales y de procreación, fue fundamental para una economía de la subsistencia y tendiente a la reproducción de la vida colectiva, en la cotidianidad y cuidado de los otros.

En los últimos tiempos ha sido más común que las mujeres se integren al trabajo remunerado, a la política, incluso hagan parte de instituciones como los ejércitos y la misma academia, pero aún sigue siendo poco común que el trabajo de mantenimiento de la vida sea asumido por los hombres, lo que ha pasado es que la integración de ciertas mujeres (de clases medias y altas) a estas esferas, desplacen el trabajo de cuidado a mujeres empobrecidas y racializadas que tienen que sostener y reproducir, no solo sus vidas, sino la vida de esos otros sectores de clase y raciales privilegiados. El reto en este momento histórico para las Farc, lo constituye la posibilidad de mantener estas prácticas de colectivización del cotidiano trabajo reproductivo, en sus nuevas configuraciones organizativas y comunitarias. Desde una

perspectiva feminista, se perdería mucho de estas subjetividades cristalizadas en el contexto de la guerra, si estos hombres y mujeres son domesticados con los mecanismos de fijación laboral: la familia y la casa (Federeici, 2011, pág, 94).

3. Movilización del trabajo

En las FARC vivíamos con lo necesario. A uno le daban su dotación y la tenía que cuidar para que le durara. No podía dejar nada tirado, porque lo sancionaban. La plata no era indispensable para nosotros. Yo ingresé sin un peso y así mismo llegué nuevamente a la civil. (Entrevista 4).

Allí el trabajo era diferente porque no se recibía dinero, aunque hubiera mucho por hacer. Nos daban lo que necesitábamos, no sólo para vivir sino también para estudiar. Al que no sabía leer se le enseñaba a leer y escribir; si quería conocer historia, filosofía, economía política, sistemas, se le enseñaba. Incluso medicina, si había la oportunidad. (Entrevista 3)

Los deseos de acumulación y enriquecimiento individual parecen ser desafiados por una formación-en-común y por la lucha política. En las FARC todas y todos los excombatientes recibían sus dotaciones, no manejaban dinero, lo cual coadyuvaba a la construcción de una subjetividad que no desea la acumulación, a una subjetividad que sostiene en la práctica la idea de que “vivir con menos es mejor”.

Recuerdo que a veces llegábamos los guerrilleros a una finca y nos poníamos a arreglarla. Yo recuerdo mucho en una casa de unos compañeros, unos campesinos, que nos atendían muy bien y tenían una casa muy descuidada. Y entonces, nosotros ahí una vez que nos estuvimos quedando en la montaña cerca; íbamos por ejemplo a bañarnos al mismo bañadero donde se bañaban en la casa, en un cañito que pasaba por ahí, y ese bañadero era un desorden, y nos pusimos a arreglar el bañadero: le ponía unos palos para que uno se pudiera parar, ubicaba un sitio donde lavar, bueno. Entonces, nos pusimos a hacer eso para los compañeros y nos pusimos a cargar palos y duramos como una mañana, y ese lavadero quedó eterno, recuerdo que años después íbamos y ahí estaba... El señor tenía unas gallinas, entonces nos pusimos a hacer un corral para las gallinas. Los guerrilleros eran súper trabajadores. Nosotros, por ejemplo, cuando estábamos en una región, a veces les decían: el orden del día de hoy es que sale una escuadra a sembrar frijol allí con el compañero de tal casa y otros van a coger caña allí donde don fulano, entonces, si trabajamos con él, nos va a regalar unos galones de miel, bueno, cosas así, y los guerrilleros salían y trabajaban, era una cosa muy bonita porque el guerrillero trabajaba sin esperar que le pagaran, trabajábamos como parte de nuestra tarea, entonces si uno trabajaba con la caña, a veces participamos en las molindas y de ahí nosotros mismos producíamos la miel y quedaba miel para el compañero y para nosotros, y... o sea, era una cosa muy bonita. (Entrevista 10).

Para este contexto histórico, la compasión, la empatía, los vínculos, el arraigo local y comunitario, operan como una ética de la existencia en común; una economía en donde la monetización o la acumulación de riquezas individuales no es el horizonte. Esto, por supuesto, evidencia cómo las Farc se articularon con racionalidades económicas campesinas, con relaciones de producción comunalizadas como el cambio de mano o la minga.

Quisiera insistir entonces en la complejidad y la co-existencia de procesos de subjetivación de hombres y mujeres, que en principio parecen antagónicos. Por un lado la producción de una subjetividad dispuesta para la guerra, dónde solo parece operar la violencia y sujetos dispuestos a eliminar al enemigo (tal como sucede en todas las guerras). Y por el otro lado, procesos de organización y vivencia comunal desde prácticas cotidianas que permitían sostener la vida de sus miembros, el cuidado mutuo y de los territorios.

Dicho en otras palabras, la sostenibilidad de la vida del grupo guerrillero, a diferencia de los grupos paramilitares, no solo dependía de cuánto dinero tenían para mantener un proyecto político-militar y de estar preparados para el ataque y la defensa armada, sino que, en buena medida, dependió de su organización interna volcada hacia la construcción de un nosotros (la familia fariana), de la distribución del trabajo del cuidado de la vida, la cual no necesariamente estuvo sexualizada, que iba desde labores cotidianas como armar las caletas (dormitorios), los chontos (los baños), ranchar (cocinar), repartir las labores de cocina, aseo de los campamentos, hasta la formación en enfermería y la medicina, aspectos necesarios para garantizar la vida de sus miembros. Pero, además, son subjetividades que no fueron formadas en el clásico sujeto trabajador del capitalismo (Autores); ojala este tránsito de estos hombres y mujeres no se fije en estas posiciones de sujeto.

Lo que planteo aquí no pretende de ningún modo romantizar un grupo armado que indiscutiblemente cometió actos de violencia y muerte (no todos justificables por las lógicas de la confrontación militar y algunos que afectaron a población no combatiente) que deben ser reparados, ni validar su discurso ideológico, sino mostrar la ambivalencia en la producción de subjetividades particulares, localizadas, sin generalizaciones y tratar de mostrar las oportunidades reales que tenemos en este nuevo momento histórico en Colombia.

La economía del común, una apuesta para el posacuerdo

Hacer ese tránsito de allá a la vida civil donde todo se convierte en plata hace que todo cambie, a mí no me hace falta, pero aquí en la ciudad sí y la gente, la sociedad, lo necesita. Si todos los Colombianos, tanto hombres como mujeres, pensáramos en el bien de la sociedad y no en el bien personal, el país sería distinto. (Entrevistado 1)

En este contexto histórico, la decisión de las FARC en términos económicos y sociales ha sido apostarle a una economía comunitaria y solidaria (Coragio,). Entenderíamos esto como

un punto de coherencia con su apuesta política más cercana al socialismo y sus reclamos al sistema capitalista; sin embargo, en el análisis presentado aquí, sostengo que su propuesta económica para el posacuerdo, la de *la economía del común*, es también y fundamentalmente producto del cultivo de una subjetividad comunal o comunitaria.

Es así como ha decidido organizarse a través de una gran cooperativa que han llamado ECOMÚN, Economías del Común, a la que, en principio, estarían asociados todos sus proyectos productivos. La perspectiva es que Ecomún se convierta en algún momento en una gran confederación de cooperativas, cuyo objetivo es una redistribución de las utilidades a los hombres y mujeres de las FARC para garantizar una vida digna.

Bueno el acuerdo de paz estable que se creaba una entidad de economía solidaria que era “Economía del común –Ecomun- para garantizar el proceso de reincorporación social y económica de todos los excombatientes... eso se crea pero están las trampas de la legalidad comenzaron a obstaculizar la creación y luego el desarrollo del ejercicio de las tareas para las que fue creada. Entonces cuando se creó la cuenta quedo bloqueada eh... que entonces no se tuviera recursos para comenzar a promover la asociación, la organización cooperativa de la militancia en la base.

Las cooperativas a su vez se convierten en una apuesta por la producción doméstica y los circuitos de mercado local y regional, teniendo como apuesta que las cooperativas practiquen la economía solidaria. Han sido enfáticos en que Ecomún no se caracterizará por la explotación de los hombres y mujeres, la contaminación del ambiente ni el uso irresponsable del mismo, además de practicar formas de producción favorables para las comunidades y sus territorios. Sin embargo, la precarización de las condiciones materiales dispuestas para lograr este objetivo pone a tambalear el sueño.

Nosotros tuvimos que comenzar desde abajo, aquí en esta zona creamos nuestras cooperativas desde agosto del año pasado [(2017)] con demoras del gobierno, pudimos legalizarlas hasta marzo de este año [(2018)] y de esas cooperativas hemos recibido hasta ahora la primera aprobación de un proyecto, de un proyecto que es el de ganadería, cuando aquí entre las tres cooperativas, teníamos un poco más de 30 proyectos en su conjunto. Líneas productivas, por eso todas tres son Cooperativas multiactivas; eran más de 30 proyectos y solo han aprobado uno y eso que somos afortunados por el nivel de gestión que hemos hecho acá, porque a nivel nacional han aprobado cuatro. (Entrevista, excombatiente y líder político).

Pese al anclaje con el narcotráfico y la financiación del grupo guerrillero a través de negocios ilegales, sobre todo, los que provenían de la droga, muchos de sus integrantes no lograron ser seducidos por un deseo mafioso, por el contrario, lo que aparece en el discurso de los excombatientes entrevistados, es la experiencia de una vivencia comunitaria, solidaria y alejada de la clásica división sexual del trabajo. Esto da cuenta de manera empírica de la complejidad del proceso de producción de subjetividades y de las diversas estrategias político-organizativas de las alternativas al capitalismo.

Creo, entonces, que estamos asistiendo, en este caso, al regreso a la vida civil, de un grupo de hombres y mujeres, que pese a haber estado corporal y subjetivamente dispuestos a la guerra, han regresado también con unas subjetividades que distan de la rapiña, la competitividad y la individualidad, que sí se ha formado en las gentes de Colombia a lo largo del siglo XX: subjetividades capitalistas y neoliberales (Castro Gómez y Restrepo, 2010); están regresando de la guerra hombres y mujeres formados en el cultivo de una ética de la vida en-común.

Esta formación del sujeto que se dio en la práctica de la vida comunitaria, me parece es un foco al que hay que prestar atención en el proceso de reincorporación; ya sabemos que el cultivo de sujetos para una economía comunitaria no es un asunto sencillo, como lo han mostrado algunas investigaciones en Colombia (Flórez, 2014; Flórez, Gómez y Ramón, 2018) y que es un proceso complejo, no acabado, ni perfecto; y quizá lo más difícil es deconstruir las subjetividades laborales capitalistas y ese *ethos* neoliberal del sujeto emprendedor que solo busca las metas individuales; les queda muchos retos a este grupo de excombatientes. Estos tres trazos de subjetividad que mencioné seguro no le serán suficientes, les queda el reto de no levantarse en la mañana y desear un empleo o sentir que lo necesitan, sino de desear una economía alternativa y seguir aprendiendo de las múltiples experiencias que hoy existen y dispuestos a otras posibilidades de *llegar a ser*.